

**EL SABOR
DE LAS
ALMENDRAS
AMARGAS**

GABRIEL R. CAÑIZARES

A Clara Pariñas el roce humano siempre le provocó una infinita desgana. Ella no lo negaba. Cargaba con tan recios motivos que no malgastaba un solo esfuerzo en disimularlo. Ni siquiera le tentaban los deseos de enmienda, aunque luego alegase en su favor que los arrepentimientos no le agarraban bien en la conciencia, y que cuando lo hacían no tardaban en secársele. Y es que, hacia afuera y desde muy niña, la hija del florista siempre gastó un alma de abrojos. Por eso, ya alcanzada la edad de Cristo, seguía anegándose entre la gente y zozobrando ante unos convencionalismos sociales que habituaban a agriarle la sangre y marchitarle el ánimo.

A las soledades de su cenobio debía la preservación de las avenencias imprescindibles que le imponía la vida pública. Era aquella profunda ribera el único lugar de este mundo capaz de reverdecerla, igual que a una costra de musgo aferrada al roquedo. A veces, a salvo de los murmullos y las miradas impertinentes, llegaba incluso a creer que esa propensión a la clausura no era obra de sus caprichos, sino que iba a cuenta de unos encantos físicos que no le alcanzaban para descollar ante la parroquia masculina. Puede que a ella le sirviera, pero el argumento resultaba inverosímil para sus convecinos, que atribuían su comportamiento a alguna quebradura interna que, mal fraguada con el trasegar de los años, le había dejado aquel carácter tan impropio para la cría de afectos. Y es que su conducta impredecible y a menudo antojadiza solía generar no poco desconcierto en rededor, algo que la presentaba como una persona hosca y de sesos convulsos, uno de esos bichos raros a los que nadie se atrevía a tomar el pulso.

Sin embargo, Clara Pariñas era una mujer veraz, inteligente y no exenta de buen juicio; con redaños cuando tocaba apostar por una acción discutible o una idea imprecisa. Tenía su recia voluntad por mayor virtud, a la cual debía gratitud por haberla mantenido a salvo de una pira de tormentos que bien hubieran podido echar a arder a medio pueblo. Y hasta allí, gracias a su instinto de conservación y una tenacidad de tintura épica, había logrado salir airosa de las muchas imposturas que el destino tuvo a mal ponerle en su camino. Por ello se hacía extraño que aquella tórrida tarde de junio, víspera de San Juan, el pasado vivido junto a Mauro volviera a copar sus pensamientos hasta revolverle las entrañas.

No habían dado las siete cuando el primer trueno retumbó en la lontananza. La tarde se vestía de noche y una brisa levantisca anunciaba la inminente llegada de los primeros aguaceros. Clara no se demoró ni un segundo más. Soltó la azadilla sobre el surco, rodeó el invernadero y corrió en dirección a la casa. Ya en la quietud del vestíbulo, mientras recuperaba el aliento perdido en la carrera, se sacó los guantes, restregó el sudor contra la toalla que colgaba del perchero y tiró de la gomilla para liberar su lacia cabellera. No tardó en dirigirse al salón para buscar acomodo frente al ventanal. Desde allí contempló cómo la ventolera desbarataba el viejo mobiliario del jardín y las hojas y ramas muertas enloquecían entre remolinos. Así, abstraída en algún vago recuerdo, aguardó paciente a que se presentase la catarata de agua que vaticinaban las gotas que salpicaban los cristales. Al reparar en el oscuro vientre del cielo, sembrado de mastodónticos nubarrones y densos filamentos que traspasaban el bosque, se preguntó si aquellos afanes suyos bastarían para compensar las carencias de toda una vida. Y fue al cabo de un rato, vislumbrando la posibilidad de que lo peor hubiera pasado ya, cuando Clara Pariñas, «La_Cuca», sonrió y dejó correr la tormenta.

No siempre le había resultado tan fácil. De niña le aterraban aquellos espasmos del cielo, y tal era la aversión que sentía por las tardes de verano que era capaz de pasarse las horas muertas en el prado, tumbada bocarriba sobre la hierba húmeda, cotejando el color y el tamaño que iban tomando las nubes. Si no le interesaban sus formas era porque todas se le antojaban siniestras, sobre todo aquellas que crecían y crecían hasta desparramarse contra el techo invisible de la bóveda celeste. Pronto supo que esas eran las peores. Por ellas se enrocaba en la habitación y espiaba la grisura del cielo a través de las rendijas de la persiana, buscando fogonazos de luz y atenta al canto de los pájaros, que tal y como oía relatar a los pastores eran los únicos que sabían cuándo debían callar. Si la tronada se volvía audible, perdía el control y echaba a temblar como una gelatina; y si esta se vigorizaba más de la cuenta, batiendo cristales y estremeciendo cuerpos, se colaba bajo la cama, contenía la respiración y se ausentaba de la vida; con el cuerpecillo encogido y los ojos emplatados, tan inertes como las esferitas nacaradas de sus muñecas.

Las angustias que provocaban sus furibundas reacciones terminaron desarrollando en la madre una inusual pericia para la predicción meteorológica, que esta, supersticiosa y crédula, solía atribuir a los dotes de *meiga cartuxeira* que se pasaban de madre a hija en la familia desde los dorados tiempos del Santo Oficio. En ocasiones, sus augurios resultaban de tal tino y precisión que la primera ronda de café con melindres se asentaba en los estómagos de sus convidados antes de que el revolero aire mudase el rancio olor a madera húmeda del salón por el fresco aroma de la tierra húmeda. Y es que doña Asun necesitaba verse rodeada de gente cuando se olía la tormenta. Decía que Clarita normalizaba la situación al ver el desentendimiento con el que los mayores negociaban los berrinches de Dios, y de esa manera, mientras

ellos pasaban revista a los asuntos del pueblo, moldeando y destripando chismes o hincando uñas a los ausentes, la pequeña desaparecía en su cueva y no volvía a sacar las trenzas hasta que se hacía el silencio en la casa, prueba inequívoca de que había pasado la tempestad.

Cierto que sus miedos se racionalizaron con los años, pero siguieron acompañándola para aguarle el ánimo hasta bien entrada la madurez. No faltaron el día en que sepultaron a su padre, impidiendo que pudiera manifestar en público la ingente felicidad que le había traído su definitivo adiós. Ni aquel otro en el que reabrió la pequeña floristería del pueblo y vendió su primer ramo de camelias rojas bajo un torrente de agua que parecía dispuesto a llevarse el mundo por delante. Verdad es que el negocio le hizo mucho bien durante aquella época, y que su obsesión por la floricultura la protegió contra los extravíos emocionales. Pero ni siquiera vestida de blanco pudo librarse de sus zozobras atmosféricas, por más que la postergación del enlace la llevase al altar en un mes tan inusual y deslucido para los esponsales como el de febrero. Esa fue una de las contadas ocasiones en las que su criterio se impuso a los caprichos de su futuro esposo, el cual acabó cediendo ante el suplicatorio al intuir que era preferible emprender aquel viaje con frío en el ambiente que en su corazón.

«Cómo son las cosas y cómo las vuelve el tiempo», se dijo tras casi tres horas de abandono en el sofá. Su último episodio de soledad iba ya para cinco años; cinco largos años en los que había aprendido a entablar amistad con sus miedos y purgar los vértigos que le imponían los días tempestuosos. Ahora, ya ni recordaba desde cuándo, necesitaba aquellas turbulencias de la naturaleza para explicarse a sí misma a través del cristal. Y es que Clara, a menudo confundida por sus razones y siempre temerosa con sus intuiciones, había acabado descubriendo en ellas el reflejo más fiel de su alma.

«Para que nazca la mañana ha de morir la noche», exclamó al abrir la ventana y ver el lucero engalanado sobre el horizonte. Luego se agarró la cabeza con ambas manos y la sacudió como si esperase oír el ruido de un sonajero en su interior, y sin llegar a desalojar el aire húmedo retenido en los pulmones se escardó el pelo con las yemas de los dedos antes de estirar los brazos y pasar revista a las uñas. El cuero cabelludo le devolvió trazas de tierra y pequeños restos leñosos, y sus axilas el moderado hedor de un sudor ya cristalizado sobre la piel. Con la noche extinguiendo los rescoldos tormentosos, la hora se le antojó propicia para pasar por la ducha y adecentarse antes de su cita. Se hacía extraño, pues nadie la inspeccionaba visualmente durante sus comparencias, pero a ella le gustaba presentarse ante la pantalla como si pudieran hacerlo. Necesitaba verse apetecible para que sus palabras compusieran luego la imagen idealizada que perseguía de sí misma. Ya cenaría más tarde, si es que lo hacía. Bastaría una taza de cacao caliente y alguna galleta de salvado, pues ya no quedaba a su lado quien despreciase su frugal apetito o la abofetease por las arcadas que le provocaba la comida en los platos.

«Ojalá pudierais verme ahora», pensó al recrear aquel riguroso gesto que de niña la sometía con desprecio desde el lado opuesto de la mesa; o aquellos besos hueros que estafaron su confianza y desbarataron su corazón de mujer. Clara odiaba las paradojas porque había tenido que convivir con ellas desde que tenía uso de razón: con lágrimas contaminantes, con risas amargantes, con auxilios tramposos, con cariños avaros. Sin embargo, aquella que ahora revoloteaba por su cabeza le producía un legítimo placer, porque al final ahí seguía ella, coleando y viviendo casi del aire mientras a su padre se lo comía la tierra y el recuerdo de su marido se diluía en un mar de olvidos. «Cada cual está donde merece —voceó al girar el monomando y colarse bajo una cascada de agua pulverizada—. Y vosotros lo estáis para siempre».

Luego resopló, cerró los ojos y se dejó llevar, entregada al cosquilleo que le producían los reguerillos de agua tibia que comenzaban a recorrerle la espalda.

